
Vivir la vida

La verosimilitud no es una relación que se establezca entre un texto y la realidad, sino entre un texto y su lectora. Quien lee es quien le confiere a una narración su carácter de realista, descabellada o imposible. Sólo en la medida en que se entabla cierto acuerdo entre lectora y texto es factible la fruición de la lectura en los terrenos pantanosos de la ficción.

Este curioso acuerdo puede concebirse como una especial disposición de ánimo en quien lee para aceptar sin cuestionamiento ni protesta todo aquello que el texto le propone, sin importar sus características concretas de factibilidad, probabilidad o existencia.

A esta disposición se le ha llamado *suspension of disbelief* y consiste en una especie de amortiguación del sentido crítico; este sentido más o menos común es lo que nos permite, en condiciones cotidianas, discriminar de manera más o menos eficiente entre la información confiable y aquella que adolece de fracturas lógicas.

El sentido crítico nos pone en guardia frente a las historias y cuentos con que a menudo nos trata de estafar la vida; gracias a él,

podemos distinguir con alguna claridad entre los "hechos" y lo que se dice acerca de los hechos; es a su abrigo como tomamos distancia ante las mentiras, invenciones, supersticiones, alucinaciones o distorsiones de que está lleno nuestro trato con el mundo social y material.

Digamos que, la mayor parte del tiempo —en la medida, desde luego, que nos lo permite nuestra ingenuidad ante el mundo—, ese *disbelief* actúa como una desconfianza ante las historias que carecen de evidencia sensible, prueba documental o consistencia racional. Es así como mostramos un sano escepticismo ante la charlatanería con que a menudo se nos quiere vender alguna solución mágica o alguna respuesta sobrenatural para nuestras preguntas y problemas.

El acuerdo con el texto de ficción funciona de otra manera; o precisamente de la manera contraria: la posibilidad de leer un relato ficticio depende de que hagamos a un lado la desconfianza: todo parecería indicar que, en alguna medida, las personas necesitamos a veces vencer el escepticismo y entregarnos con absoluta candidez a la creencia irracional de que nos haría bien una limpia con los brujos de Catemaco o una conferencia de ultratumba con algún antepasa-

do o una visita guiada a las profundidades de nuestros propios abismos. Es un hecho: la magia no existe, pero cura.

Tal vez sea ésta la capacidad curativa de los relatos: el espacio que nos abren para olvidar el orden predominante. En la ficción, por lo tanto, las reglas del mundo real están puestas entre paréntesis y Remedios la Bella puede vulnerar la ley de la gravitación universal para elevarse por los aires sin que, hasta la fecha, ningún lector indignado refute el engaño.

Esta complicidad nos dice algo acerca de la ilusión de libertad que el narrador comparte con quienes leen: no hay libertad igual a la que se instituye en el texto, donde una voluntad soberana decide de manera relativamente arbitraria que todo lo que ocurra se caracterice por su total desapego de la normalidad. Hay un disfrute en la escritura y hay un disfrute en la lectura de esta transgresión.

La novela de Sara Sefchovich *Vivir la vida* pareciera acogerse a esta licencia para explotar de manera flagrante la simplicidad de un público supuestamente dispuesto a aceptar sin reparo el uso repetido e indiscriminado del recurso al absurdo, al exceso, al sinsentido. Con el pretexto de una supuesta tradición que no permite a la recién casada desnudarse por su pro-

pia mano, el relato arranca para presentarnos a la narradora y personaje principal de lo que se convertirá en una vertiginosa sucesión de acontecimientos cuya marca común es la improbabilidad.

Como para sumirnos en el asombro y la consternación, la protagonista transitará desde el desconcierto inicial hacia vías de escape que la llevarán a la desgracia sólo para reconducirla más adelante hacia el éxito aleatorio sin mediar ninguna clase de reflexión que nos indique bien a bien hacia dónde va la trama, aunque se teme el peligro de que caiga en los lugares comunes habituales de cierta novelística muy conocida y muy vendida.

Sin embargo, conforme avanza la narración, el texto irá imponiendo su propia lógica, su propia congruencia interior: el plan es llevar el absurdo a tales proporciones que el proyecto narrativo caiga por su propio peso y adquiera volumen de parodia: de ahí en adelante, los lugares comunes servirán como punto de apoyo para una deconstrucción minuciosa del género.

Sin grandes artificios técnicos y con un lenguaje sencillo, casi coloquial, el texto se va armando de manera lineal en fragmentos breves hilvanados por la primera persona del singular; no hay introspección de la narradora ni exploración de

la subjetividad de los otros personajes, sino tan sólo un registro incontenible de hechos, lugares, caracteres. Cambios abruptos de estado civil, viajes, confrontaciones con la violencia, coqueteos con la locura, felices coincidencias, gestos insensatos que conducen a la fama, encuentros, desencuentros: todo esto fluye desde la primera página en sucesión abrumadora. Sin embargo, no me acaba de quedar clara la necesidad narrativa de rematar con un epílogo donde esta lógica del relato se rompe para introducir una justificación escritural algo forzada.

En interesante contraste con sus dos novelas anteriores (*Demasiado amor* y *La señora de los sueños*), *Vivir la vida* pareciera romper con la afición de la autora por “los grandes temas”; esta vez, Sefchovich opta por los temas pequeños: lo cotidiano, lo trivial, la familia, lo común y lo corriente, lo vulgar.

Como se recordará, en *Demasiado amor*, la protagonista se sometía a un cambio de vida radical en la reivindicación del uso de su cuerpo, al tiempo que una mirada paralela iba recorriendo la geografía de México en un encuentro obsesivo con lo otro: lo distinto, lo pintoresco, lo autóctono, ¿lo auténtico?; mientras que en *La señora de los sueños*, el hecho de leer conducía a la personaje principal en un arduo

proceso de perfeccionamiento que la obligaba a asumir transfiguraciones cada vez más profundas y extensas, en una especie de búsqueda de la esencia interior, de la verdad de sí misma.

En cambio ahora la autenticidad y la verdad han dejado de ser una preocupación básica, porque la protagonista de *Vivir la vida* está por encima de esas búsquedas de lo sublime; como ella misma lo explica en esa primera persona cuya enunciación se justifica de manera ambigua, la narradora no vive de manera activa, como agente de su propia historia, sino que *se deja vivir* pasivamente.

Si las otras protagonistas se habían propuesto como agentes de sus propias existencias, si habían reivindicado el albedrío como fuente de descubrimiento y realización, en ésta impera el sentimiento contrario: el éxito, el reconocimiento, el amor, el dinero —al igual que la desgracia, la depresión, la anomia, la soledad o el abuso— son circunstancias puramente azarosas donde no intervienen ni la identidad ni la búsqueda de afirmación ni el empeño ni el talento personales. Como tales, ocurren sin consecuencias notables; la vida es solamente transcurrir y no deriva en destinos ni grandiosos ni infames.

Creo que una de las mayores virtudes del texto es su profusión

de historias: cada planteamiento tiene en el siguiente episodio su resolución inesperada y su superación en un desenlace que se encadena sucesivamente a otro y otro y otro: del éxito al fracaso, de la notoriedad al anonimato. No hay una meta definida: solamente el transcurrir inevitable. Los personajes pasan de la vida desahogada a la miseria más absoluta para regresar por un golpe de suerte de nuevo a la abundancia. La protagonista se afana en labores insulsas sólo para descubrir que el dinero no se gana, sino que se encuentra en el lugar menos pensado. Las relaciones se tejen y se destejen de manera caprichosa como para señalar que

el matrimonio y la familia son asociaciones tan contingentes y frágiles como cualquier encuentro fortuito; y que este último puede tener mucha mayor solidez que una relación sancionada por la ley, la sangre, la sociedad o la costumbre.

Otro elemento atinado es sin duda el humor: más allá de todo sentido crítico y toda pretensión de filosofar acerca del significado profundo de la vida, la novela se deja leer insensiblemente, como un divertimento.

Hortensia Moreno

Sara Sefchovich, *Vivir la vida*, Alfaguara, México, 2000, 243 pp.